HASDĀY IBN ŠAPRŪT: LA FIGURA CUMBRE DE LA JUDERÍA DE JAÉN *

Por *Guadalupe Saiz Muñoz*
Universidad de Jaén

RESUMEN

Bosquejo biográfico de este insigne judío giennense, personaje relevante de la España musulmana del siglo X y figura cumbre de la judería de Jaén. Precede una introducción histórica sobre la llegada de los judíos a la Península Ibérica y su situación antes de la conquista musulmana. Su vida es analizada en la múltiples facetas que la conforman: médico y farmacólogo destacado; experto políglota (dominaba el hebreo, el árabe, el latín y el incipiente romance); hábil diplomático y político, que se granjeó la confianza de los dos principales califas andalusíes; generoso mecenas para los sabios y literatos judíos y el verdadero fundador de la Escuela de Filología Hebrea de Córdoba, pilar del esplendor de la cultura hispano-

Résumé

Notice biographique sur cet éminent juif de Jaén, grand personnage de l'Espagne musulmane du Xème siècle et figure culminante du quartier juif de la ville de Jaén. Elle est précédée d'une introduction historique sur l'arrivée des juifs à la Péninsule Ibérique et leur situation avant la conquête musulmane. Sa biographie est analysée conformément à ses multiples facettes: médecin et pharmacologue remarquable; polyglotte expert (il maîtrisait l'hébreu, l'arabe, le latin et le roman naissant); diplomate et politicien habile qui obtint la confiance des deux principaux

* Conferencia impartida el 15 de febrero de 2007 dentro del ciclo anual que organiza la Sección de Literatura del Instituto de Estudios Giennenses.

judaica coetánea. Así es reconocido y valorado desde el siglo X, y lo atestiguan numerosos poemas y documentos.

califes andalous; généreux mécène pour les savants et les écrivains juifs et véritable fondateur de l'École de Philologie Hébraïque de Cordoue, l'un des piliers dans la splendeur de la culture hispano-judaïque qui lui est contemporaine. C'est ainsi qu'il est reconnu et apprécié depuis le Xème siècle, ce dont en témoignent de nombreux poèmes et documents.

I.- INTRODUCCIÓN

En las circunstancias históricas actuales, cuando hemos sido testigos de la muerte de miles de personas indefensas en una nueva contienda entre judíos y árabes (1) considero que es un momento muy adecuado para adentrarnos en épocas pasadas en las que fue posible la convivencia pacífica de estos dos pueblos hermanos, pues no podemos olvidar que ambos provienen de un tronco común, el semita, y de prácticamente el mismo espacio geográfico, el Oriente Medio.

Aunque no fue la única causa que contribuyó a que durante un largo periodo del Medioevo se viviera en España una época de paz y de armonía entre musulmanes, cristianos y judíos –representantes de culturas y religiones muy distintas–, sin temor a equivocarnos podemos afirmar que un factor muy decisivo lo constituyó Hasdāy ibn (ben) (2) Šaprūt, un judío del

(1) Me refiero a la reciente ocupación militar del sur del Líbano por Israel, acaecida en el verano del año 2006.

(2) El nombre propio de los musulmanes (y el de muchos judíos influenciados por la cultura islámica) consta de varias partes. Además del nombre impuesto a cada individuo al nacer, que lo distingue de sus hermanos, el *ism `alam*, se le suele añadir el *nasab* que es el elemento onomástico que indica relación de filiación. Se expresa con *ibn* y significa «hijo de»; frecuentemente, cuando se halla entre dos nombres propios, *ibn* se abrevia con una sola *b* o en forma de *ben*. Cuando se trata de «hija de» se dice *bint*. En el caso de que tenga hijos, al nombre se le añade la *kunia* (de donde proviene la palabra española «alcurnia»), que indica relación de paternidad y se expresa con *abū* (padre de) o *umm* (madre de). En el nombre propio pueden figurar, además, otros elementos secundarios: *laqab* (epíteto), *nisba* (que informa de relaciones

Jaén del siglo X que destacó en prácticamente todos los campos del saber y en cuantas actuaciones emprendió.

Pero antes de profundizar en la apasionante biografía de este insigne y singular giennense, figura cumbre de la judería de Jaén y personaje muy importante de la historia de al-Andalus, es decir, de la España musulmana, creo oportuno efectuar unas consideraciones preliminares.

La primera de ellas es que si sólo nos atenemos a las continuas y sucesivas guerras árabo-israelíes que han tenido lugar a lo largo del siglo XX podemos pensar que siempre ha sido así, que estamos ante dos enemigos eternos; pero eso no es del todo cierto. Sus más cruentos enfrentamientos se remontan a los primeros años del siglo pasado, tras la Primera Guerra Mundial. En enero de 1919 se inauguró en París la Conferencia de la Paz, y en ella las naciones vencedoras, sobre el mapa del Oriente Medio –una extensa región unida geográficamente, que durante más de cuatro siglos había formado parte del entonces derrotado Imperio Otomano– trazaron unas fronteras artificiales, y crearon una serie de países. Un año después, en abril de 1920, el Consejo Supremo de las Potencias Aliadas, reunido en San Remo, acordó transferirlos a Gran Bretaña y a Francia, en calidad de mandatarios. En poder de esta última quedó Siria y Líbano, mientras que Gran Bretaña obtuvo el mandato de lo que posteriormente se llamó Iraq, Transjordania (la actual Jordania) y Palestina (3).

Ambas naciones europeas se hicieron cargo de los mandatos asignados con el propósito de facilitar el establecimiento de gobiernos nacionales (4).

---

genealógicas, étnicas o geográficas), *ism mansab* (nombre de profesión u oficio). En el caso que nos ocupa, el nombre completo de este judío giennense es: Abū Yūsuf Hasdāy ibn Ishāq ibn Šaprūt. Su padre se llamaba Ishāq ibn Šaprūt y ha perdurado el *nasab* de él en el nombre de su hijo, puesto que ha pasado a la historia sólo como Hasdāy ibn Šaprūt.

(3) Palestina había sido ocupada por el ejército británico en 1917, firmándose el armisticio el 30 de octubre de 1918. Sin embargo, el 2 de noviembre de 1917, el Secretario del Foreing Office, Arthur James Balfour, envió al barón Lionel W. Rothschild una carta, cuyo texto era intencionadamente equívoco, en la que afirmaba que el Gobierno británico «considera favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar para el pueblo judío, y empleará todos sus esfuerzos para facilitar la realización de tal objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina» (LARRA, J. (1981), *Víctimas de ayer, verdugos de hoy*, Madrid: Fundamentos, p. 169).

(4) Así se había acordado con anterioridad y figura en el documento conocido como la Declaración Franco-Británica de 1918.

En el caso de Palestina, el Mandato británico comenzó en julio de 1922 (5) y finalizó trágicamente a mediados de 1947 cuando, sometido a ingentes presiones en el interior y desde el exterior, transfirió la cuestión del futuro de Palestina a la ONU.

Durante los veinticinco años que los británicos gobernaron este país, judíos provenientes de todo el mundo (sobre todo de Europa) fueron asentándose en Palestina, la Sión de sus sueños y plegarias. Y esta inmigración judía se incrementó considerablemente al finalizar la Segunda Guerra Mundial, cuando el mundo entero conoció los horrores cometidos por los nazis contra los judíos; entonces este pueblo obtuvo el apoyo de gran parte de las naciones (6) para que pudiera conseguir la patria por ellos anhelada desde que comenzó su Diáspora.

La ONU, en septiembre de 1947, constituyó una Comisión Especial que tenía el encargo de elaborar un plan para resolver la situación existente en el país. Finalmente, y a pesar de que no todos sus miembros estaban conformes, la Asamblea General de la ONU adoptó, el 29 de noviembre de ese año, la resolución 181 mediante la cual Palestina quedaba dividida en dos partes, una destinada al futuro Estado judío y la otra, Cisjordania, al árabe; Jerusalén se excluía en esta repartición y quedaba como zona internacional administrada por la ONU (7). Desde el 29 de noviembre de 1947 hasta el 14 de mayo del año siguiente (fecha en la cual Gran Bretaña había prometido su evacuación de Palestina) la situación del país fue volviéndose cada vez más caótica y trágica. La noche del día en el que los británicos abandonaron la región (el 14 de mayo), el que iba a ser Primer Ministro, David Ben Gurión, anunció el nacimiento del Estado de Israel.

---

(5) Aunque legalmente se hizo efectivo un año después (el 23 de septiembre de 1923), en el Tratado de Lausana, cuando Turquía aceptó firmarlo, al dejar de ser recogida en el texto del Acta del Mandato la declaración Balfour, que en un primer momento figuraba.

(6) Sobre todo de los Estados Unidos, cuya opinión pública (y también la de gran parte de Occidente) mostraba muy claramente sus simpatías hacia los judíos. Incluso el presidente Truman, muy posiblemente forzado por el «voto judío» en las elecciones, presionó a su vez sobre Gran Bretaña para que admitiera mayor número de inmigrantes.

(7) El territorio destinado al Estado judío tenía 5.893 millas cuadradas (el 56´47 % del total), mientras que al Estado árabe se destinaron 4.476 millas cuadradas (el 42´88% del territorio). A la zona internacional de Jerusalén le correspondieron 68 millas cuadradas (el 0´65 % del terreno en litigio). ASADI, F. (1982), «Algunos elementos geográficos del conflicto árabe/israelí», *Estudios Árabes*, I, n.º 3, p. 118. AYAPE AMIGOT, F. (1984), *Israel, crónica de una ocupación*. Colección Realidades, n.º 2- Madrid: Tiempo de Ediciones, S.A., p. 29.

El problema lo constituyó que los territorios que conformaban Palestina –y sobre cuyo destino durante tantos años estaba especulando casi el mundo entero– no se hallaban deshabitados, sino que desde hacía siglos en ellos vivían árabes, musulmanes en su gran mayoría, súbditos del Imperio Otomano (8). Eran unos árabes que no habían sido culpables del destierro judío, que fue decretado por el emperador romano Tito en el año 70 de nuestra era, tras destruir Jerusalén y su Templo (9), y que se completó un siglo después, en el año 135, tras la sublevación del pseudo-mesías judío Simón Bar Kochba (Barcoquebas).

Desde la creación del Estado de Israel no han cesado los enfrentamientos, más o menos cruentos, entre árabes y judíos. Muchas de estas guerras han tenido lugar en la zona de Israel/Palestina y otras en territorios limítrofes (como en el Líbano, el caso más reciente), pero siempre detrás de ellas se halla el «problema palestino». Este grave problema, generado hace tantos años, en lugar de terminar, aminorar o vislumbrársele un posible e inminente final, se ha convertido en un cáncer que va minando el Oriente Medio, a sus gobiernos y a sus gentes, y que afecta al mundo entero, pues no olvidemos que vivimos en la era de la globalización y ya ningún enfrentamiento es ajeno al resto del orbe, por muy alejado que se encuentre.

Como ya atestiguaba el gran Cicerón, y frecuentemente se dice, la Historia no es sólo testigo de los tiempos, sino también la gran maestra de la vida (10). Es muy conveniente conocerla para aprender de los aciertos pasados y para evitar los errores cometidos pero, por desgracia, nadie escarmienta en cabeza ajena y el ser humano se muestra remiso a escuchar los válidos consejos que nos aporta la Historia. Y cuando se comprueba lo

---

(8) Sobre la población que habitaba la zona, las cifras que el gobierno de Palestina proporcionó en 1947 al Comité Especial de Naciones Unidas para Palestina (UNSCOP) eran las siguientes: la población total era de un millón novecientos treinta y seis mil habitantes, de los que un millón doscientos noventa y tres mil eran árabes, seiscientos ocho mil judíos y treinta y cinco mil formaban parte de la categoría de «otros». ASADI, F., *op. cit.*, p. 122. AYAPE AMIGOT, F., *op. cit.*, p. 31.

(9) Se trata de la segunda destrucción del Templo de Jerusalén, que fue descrita con gran profusión de detalles por el historiador judío Flavio Josefo. La primera destrucción la realizó Nabucodonosor, en el año 587 a.de C., fecha en la que comenzó el cautiverio judío en Babilonia. Entre el 521 y el 515 había sido reconstruido.

(10) En su obra *De Oratore* (2, 9, 36), Cicerón dice textualmente: «Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis» (La historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, heraldo de la antigüedad).

complicadas y emponzoñadas que se encuentran actualmente las relaciones árabo-israelíes, cabe pensar que la única solución posible sería que ambos contendientes (y, mejor aún, la humanidad entera) aprendieran a convivir en paz, respetándose los unos a los otros y aceptando lo positivo y los derechos que ambos tienen. Para saber cómo actuar sólo deberían recordar, o conocer, lo acontecido en la España musulmana, en al-Andalus, durante varios siglos, a partir del VIII y, sobre todo, en el X, siglo en el que vivió el judío giennense Hasdāy ibn Šaprūt, uno de los más preclaros artífices de la convivencia pacífica entre gentes, pueblos y religiones.

II.- LOS JUDÍOS EN LA ESPAÑA ROMANA Y VISIGODA

Pero hay que reconocer que, desde que llegaron a la Península Ibérica, la vida de los judíos en nuestro país no siempre transcurrió en paz, sino que pasó por muy diversos avatares. Aunque no se sabe con exactitud la fecha de su llegada, pues siempre se la ha envuelto en la leyenda (11), si nos atenemos a lo que se relata en la Biblia, sus más antiguas colonias datan del tiempo de Salomón(12). En el Libro I de los Reyes (X, 22) se dice que las naves de este rey comerciaban, junto con las fenicias, en el lejano Occidente (en Tarsis, posiblemente nuestra Tartessos), de donde traían oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Posteriormente, en la Epístola a los Romanos (XV, 24,28), San Pablo afirma con claridad que deseaba ir a predicar el Evangelio a los judíos de Hispania.

A partir del siglo II d. de C. existen datos fehacientes de que en nuestro suelo vivían comunidades judías, cuya existencia era floreciente en el siglo IV, según lo atestiguan algunos cánones del Concilio de Elvira (13). En los

(11) BAER, Y. (1981), *Historia de los judíos en la España cristiana*. Madrid: Altalena, 2 vols. Véase tomo I, p. 13. Este autor sostiene que durante el Medioevo los judíos hispanos se esforzaban en demostrar que descendían de los judíos establecidos en la Península Ibérica antes de la crucifixión de Cristo.

(12) BEINART, H., «¿Cuándo llegaron los judíos a España?», en *Estudios. Serie. Instituto Central de Relaciones Culturales Israel, Iberoamérica, España y Portugal*. *Apud* CORONAS TEJADA, L. (2003), *Judíos y judeoconversos en el Reino de Jaén*. Jaén: Universidad, p. 25. BEINART, H. (1992), *Los judíos en España*. Madrid: Mapfre. BEL BRAVO, M.ª Antonia (2001), *Sefarad. Los judíos en España*. Madrid: Silex.

(13) Celebrado entre los años 303 y 306, el Concilio de Elvira (o de Ilíberis, antiguo asentamiento romano, a unos diez kilómetros al noroeste de la futura Granada) fue el primero de la Iglesia hispana del que se conservan las actas (véase EGUILAZ y YANGUAS, L. (1987), *Del lugar donde fue Ilíberis*, Granada: Universidad).

cánones 16, 49, 50 y 78 figuran diversas prohibiciones y castigos para los judíos (14) que demuestran no sólo su gran número y bienestar económico, sino que las relaciones entre ellos y los cristianos hispanos eran fluidas y habituales.

En el siglo siguiente, la Hispania romana fue invadida por una serie de tribus procedentes del norte de Europa (suevos, vándalos y alanos) y, posteriormente, por los visigodos, germanos de confesión arriana. Aunque desde los inicios de su reinado en la legislación visigótica figura diversa normativa antijudía (15), en los primeros tiempos centraron su atención en conseguir su estabilización en el país y en sus propias luchas internas, descuidando a los judíos. Esa cierta tolerancia les permitió a éstos vivir un periodo de relativa paz. Pero todo cambió cuando, en el 589, el rey Recaredo se convirtió al catolicismo y logró la unidad religiosa de Hispania. A partir de ese momento se suceden las disposiciones contra los judíos (16), que se acentúan con Sisebuto. Este monarca, convencido de que el gran número de judíos podía debilitar a la monarquía visigoda, y sin escuchar los prudentes consejos de San Isidoro de Sevilla, ordenó su bautismo obligatorio en masa o, de no aceptarlo, su expulsión de la Península (17); muchos optaron por emigrar a las Galias.

Y es precisamente en un decreto que este rey dirigió a las autoridades eclesiásticas y civiles giennenses en donde hallamos la primera noticia documentada que se conoce sobre las comunidades judías de nuestra pro-

---

(14) Por ejemplo, se prohibía que los rabinos judíos bendijeran los campos o las cosechas de los cristianos, que se sentaran juntos en las mesas, que las cristianas se casaran con judíos, etc.

(15) Así, por ejemplo, en el año 506 se promulgó en Tolosa el *Breviario* de Alarico o *Lex romana visigothorum* (compilación de leyes del Derecho Romano tardío) que tuvo larga vigencia. En él se excluye a los judíos de los cargos públicos, se les prohíbe tener esclavos cristianos, los matrimonio mixtos y la edificación de nuevas sinagogas, todo ello bajo severas penas económicas. Sobre los judíos en la España visigoda y la legislación a la que estaban sometidos véase, por ejemplo, JUSTER, J. (1913), «La condition légale des Juifs sous les rois visigoths», en *Études d´histoire juridique offertes à P. F. Girard*, vol. II, París, pp. 273-335. TORRES LÓPEZ, M. (1963), «Instituciones económicas, sociales y político administrativas de la península hispánica durante los siglos V, VI y VII», en MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.), *Historia de España*, III (La España visigoda). Madrid: Espasa Calpe, pp. 195-200.

(16) ZEUMER, K. (ed.) (1902), «Leges visigothorum», en *Monumenta Germaniae Historica*, Lib. XII, Tít. 2, Ley 12. *Apud.* CORONAS TEJADA, Luis (2003), *op. cit.*, p. 25.

(17) Esta medida fue rechazada en el IV Concilio de Toledo, el año 633.

vincia (18). Fechado en el mismo año de su llegada al poder, el 612, en él se les urgía a que hiciesen cumplir la legislación que prohibía a los judíos poseer esclavos cristianos (19).

Casi todos sus monarcas visigodos posteriores, apoyados por los concilios toledanos (20), renovaron las medidas represivas y restrictivas contra los judíos (21). En el XVII Concilio de Toledo (año 694), Egica (22) las endureció tras acusar a los judíos españoles de conspirar contra la monarquía por haberse puesto en contacto con sus correligionarios del norte de África con el propósito de atraer a los árabes a la Península. En dicho Concilio se decretaron sanciones sumamente severas y terribles contra ellos: privados de sus bienes, se les condenaba a perpetua esclavitud, sin posibilidad de manumisión; se les separaba de sus hijos cuando éstos cumplían siete años, para que fueran bautizados y educados como cristianos; además, se ordenó su dispersión por el reino.

Aunque estas medidas no llegaron a cumplirse en su totalidad, ante semejante atmósfera de opresión y violencia, no puede extrañar que se hiciera realidad la acusación formulada contra ellos y que las comunidades judías de Hispania facilitaran la invasión musulmana y la ocupación de algunas ciudades a partir del 711 (23).

---

(18) Las autoridades eclesiásticas a las que se dirige el decreto son los obispos Agapio de Córdoba, Agapio de Tucci y Cecilio de Mentesa. Las localidades giennenses en él citadas son: Aurgi (actual Jaén), Viatia (Baeza), Tugia (cerca de Peal de Becerro), Sturgi (próxima a Andújar), Tucci (Martos) y Mentesa (La Guardia de Jaén). SALVADOR VENTURA, F. (1988), *Hispania Meridional. Entre Roma y el Islam. Economía y sociedad*. Granada: Universidad, p. 231.

(19) ZEUMER, K., *op. cit.*, Ley 13.

(20) Desde que la monarquía visigoda abrazó el catolicismo, la jerarquía eclesiástica se convierte en casi todopoderosa y ejerce, junto con los nobles, un poder fáctico, que se pondrá de manifiesto en los numerosos Concilios que se celebraron en Toledo. Éstos, en ocasiones, llegaron a parecer verdaderos y simples Consejos de la Corona.

(21) Reiteración que en realidad ponía de manifiesto su ineficacia. De hecho, unos monarcas derogaban leyes promulgadas por sus antecesores, como le ocurrió a Suintila con lo decretado por Sisebuto. Tal situación es comprensible si tenemos en cuenta que las comunidades judías suponían un foco de riqueza para la monarquía visigoda. Por ello, aunque era patente su deseo de apartarles de la vida pública, también lo es la necesidad que de ellos tenían.

(22) Bajo el reinado de este rey se celebraron tres Concilios en Toledo, en los años 688, 693 y 694.

(23) Algunos historiadores afirman que los judíos solicitaron la ayuda y el auxilio de los musulmanes para liberarse del yugo de la monarquía visigoda. Véase, por ejemplo, OLAGÜE, I. (1974), *La revolución islámica en Occidente*, Barcelona: Fundación Juan March. AGUIRRE SÁDABA, F.J. y JIMÉNEZ MATA, M.ª C. (1979), *Introducción al Jaén Islámico*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, pp. 7-75.

III.- LOS JUDÍOS EN LA ESPAÑA MUSULMANA

En realidad, la casi inusitada rapidez con la que los invasores musulmanes se apoderaron de gran parte de Hispania (que cayó en sus manos como una fruta demasiado madura) es debida a una serie de circunstancias entre las que destacan la descomposición política y social en la que estaba sumida la monarquía visigoda desde hacía generaciones. Y los árabes invasores, creyentes de una religión recientemente fundada en el desierto, cuya mentalidad era totalmente distinta y desconocida en la Europa cristiana, provocaron en la Península no sólo un cambio político, sino también social, religioso, económico y cultural.

Como un reguero de pólvora avanzaron las tropas musulmanas en dirección al norte de la Península y, como prueba de agradecimiento por la eficaz ayuda prestada por los judíos a su llegada, en numerosas ocasiones los dejaban como guarnición en las ciudades recién conquistadas, junto con unos pocos musulmanes (24).

A partir de ese momento gran parte de la Península Ibérica entró a formar parte de la *Dār al-Islām* (la casa del Islam), que por aquel entonces se extendía desde el Atlántico hasta Asia central; y a los judíos hispanos, integrados armoniosamente en el estado musulmán que se estaba forjando, se les brindaba la oportunidad de reencontrarse con sus hermanos de Oriente y del Norte de África y de reanudar sus lazos socioculturales y económicos.

Las comunidades hispanojudías, desde la conquista musulmana y durante el más de siglo y medio que duró el Emirato, vivieron una época de tranquilidad, en la que gozaron de un amplio margen de confianza y de un trato benévolo por parte de los conquistadores. Se les permitía practicar libremente su culto, aunque estaban obligados a pagar unas tasas especiales que pesaban sobre los *ḏimmíes* (25) o tributarios, al igual que los cristianos

---

(24) ZAFANI, H. (1994), *Los judíos del Occidente Musulmán. Al-Ándalus y el Magreb*, Madrid: Mapfre, p. 21.

(25) La *ḏimma* es un pacto de protección y de capitulación entre las «gentes del Libro» (cristianos, judíos, sabeos) y los musulmanes, a los que aquéllas se someten. Mediante este pacto, los *ḏimmíes* que habitaban en tierras musulmanas tenían derecho a practicar su religión y a conservar sus costumbres y leyes, con ligeras restricciones; asimismo no podían ser esclavizados ni, en teoría, maltratados. A cambio, estaban obligados a pagar un tributo de capitación por sus personas (*ŷizya*) y un impuesto por sus tierras (*jarāŷ*), pago que les garantizaba, a ellos y a sus bienes, el amparo y la protección de los musulmanes frente a las agresiones de enemigos externos. MAÍLLO SALGADO, F. (1987), *Vocabulario básico de Historia del Islam*, Madrid: Akal, p. 48.

mozárabes. Y pese a que las crónicas árabes no hayan conservado el nombre de ningún personaje judío relevante de esta época, en repetidas ocasiones los cronistas alaban la lealtad de los judíos y mencionan los servicios que prestaron a los sucesivos gobiernos.

Esta actitud no debe extrañarnos ni confundirnos, pues en realidad los judíos peninsulares estaban cumpliendo el mandato talmúdico que dice: «La ley del país es la ley», es decir, el judío de la Diáspora se adaptará a la legislación civil del país en el que resida. A falta de la predestinada, la patria circunstancial es la patria a la que deben servir los judíos, puesto que el bienestar y prosperidad de aquélla redundará en su propio beneficio, tal y como aconsejó Yahvé al profeta Jeremías cuando eran llevados cautivos a Babilonia: «Procurad la prosperidad de la nación a la que os he deportado y rogad por ella, pues de su prosperidad dependerá la vuestra» (XXIX, 7).

Y tal y como se comportó José, el hijo de Jacob, cuando el faraón le nombró gobernador de Egipto, o el profeta Daniel en la corte de Nabucodonosor de Babilonia, o Mardoqueo en la del rey Asuero de Persia y otros muchos judíos que prestaron importantes servicios en los diferentes países de acogida –y gracias a ellos tuvieron la oportunidad de mejorar las condiciones de vida de sus correligionarios–, lo mismo hizo Hasdāy ibn Šaprūt en la corte califal del siglo X, en la que alcanzó una posición de relevancia política como ningún otro judío hispano había logrado hasta entonces.

IV.- BIOGRAFÍA DE HASDĀY IBN ŠAPRÛT

IV. 1.- Nacimiento y formación

A pesar de que el historiador israelí Yitzhak Baer (26) afirma que este giennense es «la primera personalidad hispano-judía cuya vida y obra conocemos con detalle», muy poco se sabe de los primeros años de la biografía de Abū Yūsuf Hasdāy ibn Ishāq ibn Šaprūt, quien nació en Jaén hacia el año 910 y murió en Córdoba en el 970 (27). El poeta y gran historiador

(26) En su obra *Historia de los judíos en la España cristiana. Apud.* CORONAS TEJADA; L., *op. cit,*, p. 31.

(27) Tampoco se conoce mucho sobre su vida privada y personal, aunque sí de la pública y oficial. Por ejemplo, desconocemos el nombre de su esposa y de sus hijos, en el caso de que hubiera contraído matrimonio y tuviera descendencia. Sobre el particular tan sólo podemos aportar que el prof. Juan Vernet, en su libro *Lo que Europa debe al Islam de España* (Barcelona,

de la cultura hispano-judía, Mosé ibn Ezra (28), en su gran obra *Libro de la disertación y el recuerdo* (29), más conocido como libro de *Poética hebráica* (30), sobre el particular dice: «El lugar de su origen fue Jaén y el de su grandeza, Córdoba».

Sobre su padre, Ishāq ibn Šaprūt, casi con toda seguridad se puede afirmar que era un hombre rico, piadoso y un mecenas de los estudiosos de la Torah (31). De él heredó su hijo el amor y dedicación a la ciencia y el digno empleo de la riqueza, según afirma Heinrich Graetz en su *Historia de los Judíos* (32).

Como no existe constancia de que en el Jaén de esa época existieran importantes centros de estudios talmúdicos, lo más seguro es que durante su infancia Ibn Šaprūt se instruyera en la religión y en la lengua de sus mayores en escuelas de iniciación dirigidas por rabinos. En cuanto a su primera formación en el resto de las ciencias, es muy probable que la recibiera en instituciones docentes árabes o *madrasas*, puesto que sí sabemos

---

Acantilado, 1999, p. 55), menciona a Abû-l-Fadl ibn Hasdāy, de quien dice que era un judío, luego islamizado, que en el siglo XI fue ministro de los Banū Hūd de Zaragoza. Este autor añade que existe la posibilidad de que fuera nieto de Hasdāy ibn Šaprūt.

(28) Nacido en Granada hacia el año 1055 y muerto alrededor del 1135, pertenecía a una ilustre familia que desempeñó altos puestos en la administración del reino granadino durante el visirato del también judío Samuel ibn Negrella. Debido a su distinguida posición, recibió una esmerada educación y conocía perfectamente la lengua hebrea y la árabe, así como sus correspondientes literaturas. GONZALO MAESO, D. (1960), *Manual de Historia de la Literatura Hebrea*, Madrid: Gredos, pp. 493-498.

(29) Su título original, en lengua árabe, es *Kitāb al-muhādara wa-l-mudākara*. Véase ABUMALHAM MAS, M. (1985, vol. I y 1986, vol. II), *Edición, traducción y estudio del Kitāb al-muhādara wa-l-mudākara de Moshe ibn Ezra*. Madrid: C.S.I.C., 2 vols.

(30) Ése fue el título que el Dr. Benzion Harper le dio cuando tradujo al hebreo, en 1924, el manuscrito árabe que se halla en la Bodleian Library de Oxford. La obra está dividida en ocho grandes capítulos, en los que estudia no sólo la vida y obras de los poetas hispano-hebreos, sino la de otros prohombres judíos destacados en al-Andalus. GONZALO MAESO, D., *op. cit*., pp. 495-496.

(31) Incluso parece que financió la construcción de una sinagoga en Jaén. El profesor Coronas Tejada sugiere la posibilidad de que el baño que existía en esta ciudad, denominado Hammām Ibn Ishāq (baño de Ibn Ishāq) (citado por AGUIRRE SÁDABA, F.J. y JIMÉNEZ MATA, M.ª C., *op. cit.*, p- 31), pudiera ser un baño judío propiedad de la familia de Hasdāy. CORONAS TEJADA, L., *op. cit.*, p. 31.

(32) Tomo III, cap. VII. Su título original es *Geschichte der Juden, von den ältesten Zeiten bis auf die Gegenwart* y fue publicada en 1848, en doce volúmenes. Obra clásica de historia judía, ha sido muy difundida y traducida a varias lenguas; la versión española, en nueve volúmenes, se publicó entre 1938-1942 en Méjico, con el título *Historia del pueblo de Israel.*

que en Jaén los hispano-árabes contaban con centros de educación superior. En ellos estudiaban juntos musulmanes y judíos, ya que la lengua vernácula de ambos, y la oficial del califato, era la árabe. Al respecto, el judío Mosé ibn Ezra, en su ya citado libro de *Poética hebráica,* dice:

> Después de que los árabes se hicieran dueños de la península de al-Andalus, conquistándola de manos de los godos, los israelitas que se encontraban en la península aprendieron de los árabes, en el transcurso del tiempo, las distintas ramas de las ciencias. Gracias a su constancia y aplicación aprendieron la lengua árabe, pudieron escudriñar sus obras y penetrar en lo más íntimo de sus composiciones; hiciéronse perfectos conocedores de sus diversas disciplinas científicas, al mismo tiempo que se deleitaban en el encanto de sus poesías… En donde la imitación fue más perfecta es en el arte de la Poesía, pues se asimilaron sus procedimientos y fueron muy sensibles a sus maravillas (33).

Posteriormente, el adolescente Hasdāy ibn Šaprūt, y casi con toda certeza gran parte de su familia, trasladaron su residencia a la capital del califato andalusí. No creo aventurado afirmar que le guiaban sus ansias de aprender y el propósito de convertirse en un perfecto conocedor de todo el saber árabe –que en aquellos momentos equivalía al saber universal–, cuando emprendió el camino hacia «la casa de las ciencias», como era conocida la Córdoba del siglo X, cuyo nivel cultural alcanzó fama en todo el orbe conocido. A sus academias científicas acudían intelectuales procedentes de los más alejados confines, y se convirtió en el principal centro cultural en Occidente, rivalizando con Bagdad en Oriente (34).

Factor decisivo de semejante esplendor fue `Abd al-Rahmān III (891-961) quien gobernaba al-Andalus desde el año 912, tras la muerte de su abuelo, el emir `Abd Allāh, y que en el 929 se convirtió en el primer

(33) El magisterio ejercido por los árabes sobre los judíos hispanos queda patente en todo este libro sobre *Poética hebráica* el cual, como anteriormente he apuntado, se divide en ocho grandes capítulos. El tercero de ellos está dedicado a encumbrar la obra poética de los árabes, que considera superior a la de los judíos. En el octavo analiza la versificación hebrea, y dice que sigue los parámetros de la árabe. El capítulo quinto se consagra al estudio de la poesía sefardí, desde sus comienzos hasta el siglo XII. GONZALO MAESO, D., *op.cit.*, pp. 450 y 495-496.

(34) La capital del imperio abbasí, Bagdad, desde comienzos del siglo IX se había convertido en el centro de confluencia de las corrientes intelectuales gracias a su prosperidad material y a la amplitud de miras, en cuestiones científicas, del califa al-Ma´mūn, séptimo de su dinastía. A él se debe la fundación de la célebre academia científica *Dār al-hikma* (la casa de la ciencia o del saber), de un observatorio astronómico y de una rica biblioteca.

califa andalusí. Genial y hábil dirigente político, al que nada pasaba inadvertido, desde el comienzo de su reinado suscitó un sinfín de alabanzas, hasta el punto de que en la historiografía árabe coetánea y posterior existen muy pocas críticas sobre este califa excepcionalmente dotado. El arabista holandés Dozy, después de enumerar los múltiples logros conseguidos durante el largo periodo en el que gobernó al-Andalus, lo describe como un «hombre delicado y sagaz que centraliza, que funda la unidad de la nación y la del poder, que con sus alianzas establece una especie de equilibrio político y que con su amplia tolerancia llama a sus consejos a hombres de otra religión, es más bien un rey de los tiempos modernos que un califa de la Edad Media» (35).

Y este ambiente tan propicio para la concordia y la prosperidad económica y cultural es el que se respiraba en la Córdoba califal cuando llega el giennense. Con ahínco estudia y se adentra en la ciencia con gran amplitud de miras, lo que le permite desarrollar todas las posibilidades del espíritu, del intelecto y del sentimiento humano, sin cohibirlos ni limitarlos. Fue un hombre con tal apertura mental que muy bien podría ser calificado de humanista, anticipándose varios siglos a lo que posteriormente fue el humanismo hispano (36).

La figura de Hasdāy ibn Šaprūt es polifacética en grado superlativo; para poder conocerla deben ser analizadas las múltiples facetas que conforman su biografía. Poseedor del privilegio reservado a los grandes hombres, sus cualidades sobresalientes le permitieron escalar la cumbre política sin valedores y, lo que es más difícil, lo mantuvieron en el poder durante casi treinta años, en los cuales desempeñó las más variadas funciones. Gozó siempre de la confianza de los dos principales califas andalusíes, `Abd al-Rahmān III y su hijo al-Hakam II, a cuya grandeza no fue ajeno Ibn Šaprūt, quien colaboró de modo eficaz en la ingente labor emprendida por estos dos soberanos.

---

(35) DOZY, R. P. (1982), *Historia de los musulmanes de España*, tomo III, Madrid: Turner, p. 88.

(36) Aunque fue uno de los primeros y precursores, hay que reconocer que ésa va a ser una de las características del judaísmo medieval hispano. Los intereses de muchos judeo-españoles rebasan el marco de lo estrictamente religioso y penetran en el terreno de la cultura secular con el ánimo abierto, deseosos de aprender. PÉREZ CASTRO, F. (1964), *Aspectos de la cultura hebraico-española*. Santander: Universidad Menéndez y Pelayo

Desde joven se dedica al estudio de las lenguas, llegando a convertirse en un excelente políglota que dominaba el hebreo (su lengua religiosa), el árabe (su lengua nativa y la oficial del Estado), el incipiente romance castellano y el latín, idioma casi universal en aquel tiempo y vehículo mediante el cual se trasladó el saber de la Edad Media de uno a otro confín del orbe conocido.

Con ese poderoso instrumento de ilustración (que es el conocimiento de varias lenguas) logró profundizar, además de en los saberes talmúdicos, en el estudio de la estilística, de la literatura y de la epistolografía árabes. También conoció a fondo las ciencias físico-naturales, especialmente en el campo médico-farmacéutico. Tal cúmulo de conocimientos le otorgaba una autoridad indiscutible, y lo capacitaban para los más variados y delicados cometidos.

Sin duda, su gran dominio de diversas lenguas facilitó que se le abrieran las puertas del palacio, y auspició su encumbramiento en la corte de `Abd al-Rahmān III, califa que se caracteriza por sus relaciones diplomáticas, ya sea con sus vecinos los reinos cristianos peninsulares o con imperios tan alejados como el germánico o el de Bizancio, de donde venían embajadas políticas y culturales.

IV. 2.- Hasdāy ibn Šaprūt en la corte califal

Aunque no se sabe con exactitud la fecha en la que Ibn Šaprūt comenzó su actividad en la corte califal, se tiene constancia de que en el año 944 `Abd al-Rahmān III le nombra delegado suyo para recibir a una embajada de Bizancio. En esos momentos ejercía el cargo de Secretario de Cartas latinas, puesto que hasta entonces sólo habían desempeñado doctos mozárabes cristianos.

La creciente confianza que se fue granjeando ante el califa se puso de manifiesto cuando le nombró jefe de aduanas del califato, importante cargo en la administración, cuyo cometido era recaudar los impuestos a las numerosas embarcaciones, que arribaban o zarpaban de los puertos andalusíes.

A pesar de que, casi con plena seguridad, nunca ostentó el título de visir (37), fue realmente ministro plenipotenciario del califa y su más esti-

(37) Como ya he comentado antes, `Abd al-Rahmān III al Nāsir fue un gobernante muy hábil, inteligente y nada fanático. Por eso, «con su amplia tolerancia llama a sus consejos a

mado consejero. Tras comprender la alteza del pensamiento político de `Abd al-Rahmān III, secundó sus planes con habilidad y lealtad y, de tal modo, logra alcanzar una posición de relevancia política como ningún otro judío hispano había conseguido hasta entonces.

Antes de entrar en la corte, Ibn Šaprūt era ya un reputado galeno, que se había formado utilizando los manuales de medicina árabes provenientes de Oriente, los cuales contenían los principios básicos del saber médico de los griegos. Su estudio le introdujo en el campo de la farmacología, en el que se le atribuye un hallazgo que le hizo especialmente célebre: el redescubrimiento de la *triaca*. Se trata de un medicamento de amplio espectro, válido para curar diversas enfermedades y utilizado, en especial, como antídoto contra los venenos. Aunque hay constancia de que este preparado farmacéutico, compuesto por alrededor de sesenta y un elementos (entre ellos, opiáceos), ya se conocía en el siglo I a. C., y que durante el siglo II de nuestra era se producía habitualmente en el Imperio Romano, su fórmula se había perdido. Parece ser que Ibn Šaprūt, tras una larga investigación, logró recuperarla y describió los secretos de la composición de este remedio «milagroso» (38). Semejante hallazgo hizo que su fama de hábil médico y reputado farmacólogo traspasara los límites de su comunidad y lo introdujera en el grupo de galenos de la corte, hasta convertirse en médico personal del califa.

Famosos y reputados cronistas árabes, en fechas inmediatamente posteriores, se hacen eco de sus éxitos. Así, por ejemplo, el cadí e historiador de la ciencia Ibn Sa`īd al-Andalusí, en su obra *Kitāb Tabaqāt al-umam* (*Libro de las categorías de las naciones* (39)) (compuesta en 1068), no escatima elogios cuando se refiere a él. Lo mismo ocurre con Ibn Ŷulŷul, médico personal del califa Hišām II y autor de una Historia de los sabios y

---

hombres de otra religión», como afirma Dozy, y sus vasallos cristianos y judíos siempre le demostraron su afecto y fidelidad. Pero siempre tuvo que mostrarse cauto a la hora de otorgar ciertos cargos, pues su amplitud de miras no era compartida por todos los dignatarios del Estado. Sin embargo, cuando se refieren a este personaje giennense, en algunos textos se le menciona con el título de visir de dicho califa andalusí. Véase, por ejemplo, VERNET, J. (1999), *op. cit.*, p. 63.

(38) Barkai, R. (1994), *Chrétiens, musulmans et juifs dans l´Espagne medieval*, París, pp. 17-18.

(39) La traducción y edición en español de esta obra ha sido llevada a cabo por Felipe Maíllo Salgado. Madrid: Akal, 1999.

de los médicos andalusíes (40). Este dato es muy importante y significativo, pues hasta ese momento nunca los historiadores árabes habían citado el nombre de personajes judíos destacados.

Pero su fama como galeno no se limitaba a al-Andalus, sino que traspasó sus confines y fue requerido por la poderosa e influyente reina Toda de Navarra (41) para que curase a su nieto, Sancho I el Craso. Éste, tras ser depuesto de su trono de León a causa de su hidropesía (que casi le impedía cualquier movimiento), se refugió en Pamplona junto a su abuela, una inteligente y ambiciosa mujer, verdadera organizadora de la política cristiana de su época, quien se propuso restablecer en el trono a su nieto. Para lograrlo no sólo tenía que buscar un poderoso aliado en el terreno militar, sino previamente un médico capaz de curar la obesidad mórbida de su nieto.

Consciente de que a ambas urgentes necesidades sólo les hallaría solución en la corte califal de Córdoba, a pesar de que desde hacía más de treinta años eran enemigos y estaban en continuas guerras, no dudó en solicitar la ayuda de su pariente, `Abd al-Rahmān III, muy posiblemente sobrino-nieto suyo (42).

El califa aceptó encomendar la misión a Ibn Šaprūt, quien en el año 958 se traslada a Pamplona y consigue convencer a los reyes cristianos de la necesidad de que viajaran a Córdoba. Así lo hicieron (43), y de tal modo

---

(40) VERNET, J. (1968), «Los médicos andaluces en el *Libro de las generaciones de médicos* de Ibn Ŷulŷul», en *Anuario de Estudios Medievales*, 5 (1968), pp. 451-2. Este médico e historiador cordobés, hacia el año 982 redactó un comentario a la *Materia médica* de Dioscórides, obra cuyo original se hallaba en lengua griega y que unos años antes había sido traducida al árabe y posteriormente al latín. En dichas traducciones Hasdāy ibn Šaprūt tuvo una decisiva intervención, como confirma el propio Ibn Ŷulŷul, hecho y testimonio a los que a continuación haremos referencia.

(41) Desde la muerte de su esposo, el año 925, y durante la minoría de edad de su hijo, fue reina regente de Navarra. Aunque por esas fechas, 958, ya hacía tiempo que su hijo, García Sánchez I, tenía edad para reinar por sí mismo, continuaba ejerciendo la regencia.

(42) La abuela de este califa, la princesa Íñiga, esposa del emir `Abd Allāh, era hija de Fortún Garcés I el Tuerto de Navarra y su sucesor, Sancho Garcés I, se casó con Toda. También la madre de `Abd al-Rahmān III, Muzna, era una cautiva vascona, e incluso su hijo y sucesor, al-Hakam II, contrajo matrimonio con otra vascona, Subh o Aurora, madre del futuro califa Hišam II.

(43) E. LÉVI-PROVENÇAL, en el tomo IV de la *Historia de España* dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL (Madrid: Espasa Calpe, 1967[3]), el dedicado a la *España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, afirma que dichos acontecimientos y viaje regio tuvieron lugar en esa fecha (p. 299) y en la nota 95 (p. 364) basa y refuerza esta afirma-

`Abd al-Rahmān III satisfizo su vanidad al conseguir que una reina y dos reyes cristianos, Sancho I de León y su tío García Sánchez I de Navarra, nieto e hijo de la reina Toda respectivamente, se postraran humildemente a sus pies para implorar su apoyo. En la negociación, el sagaz ministro judío consiguió la cesión de diez fortalezas a cambio de la prometida ayuda andalusí.

Gracias a esta eficaz colaboración, los navarros vencieron a los leoneses, y en el año 960 Sancho I sube de nuevo al trono, curado de su obesidad, curación que logró merced al régimen y al tratamiento (en el que figuraban ciertas hierbas medicinales) prescritos por Ibn Šaprūt y también por el ejercicio físico por él recomendado. Al parecer, el médico judío había aconsejado al monarca leonés que hiciese a pie el camino de Pamplona a Córdoba, si no en su totalidad, al menos en parte. Tal es lo que se desprende del poema que el poeta judío Dunás ben Labrat (44) dedicó a su mecenas, Ibn Šaprūt, con motivo de tan excepcional acontecimiento y del éxito por él conseguido:

Compón un poema de alabanza
en honor del Príncipe, jefe de la Academia,
que destruyó totalmente las fuerzas extranjeras.
Está ceñido de gloria y majestad
revestido de la ayuda divina.
A los insolentes arrebató diez fortalezas
e hizo una gran poda
entre cardos y espinos.

---

ción con una cita del historiador marroquí del siglo XVII al-Maqqarī, quien en la p. 235 de las *Analectes*, I (título de la traducción efectuada por Dozy (Leiden 1855-61) de su obra *Nafh al-tīb)* dice: «Toda (Tuta) envió en 347 una diputación a al-Nasir, tomando de esta suerte la iniciativa de ajustar un tratado de paz a favor suyo y de su hijo, García hijo de Sancho, y una alianza ofensiva a favor de su nieto Sancho hijo de Ramiro, para que el califa devolviera a éste su reino y le ayudara contra sus adversarios. Los dos reyes vinieron con ella. Al-Nasir les recibió con toda pompa y firmó un tratado con Sancho…».

(44) Nacido en Bagdad hacia el año 920, completó su educación en Fez. Posteriormente fijó su residencia en Córdoba, donde fue protegido de Hasdāy ibn Šaprūt. Murió en esta ciudad hacia el año 980. Destacó como gramático, poeta y polemista. Como gramático destaca su obra *Tesubôt* (Respuestas), escrita en forma métrica, que es considerada el primer poema gramatical y lexicográfico en lengua hebrea. En su calidad de poeta, siendo como era un perfecto conocedor de la brillante cultura de Bagdad, a él le corresponde el mérito de haber introducido la métrica árabe en la poesía hebraica medieval. Compuso numerosas poesías laudatorias, como la que a continuación se reproduce, así como otras muchas de carácter religioso. GONZALO MAESO, D., *op. cit.*, pp. 446-447.

Trajo al hijo de Ramiro,
a príncipes y sacerdotes.
A un Señor, caballero y rey,
lo trajo como un peón,
bastón en mano,
a un pueblo enemigo suyo.
Arrastró también a la simple,
la anciana Toda,
que revestía la realeza como los varones,
con la fuerza de su sabiduría,
con el poder de sus argucias,
con la multitud de sus estratagemas,
y con la dulzura de sus palabras (45).

En numerosas otras ocasiones Ibn Šaprūt prestó decisivos servicios al Califato y a la paz, gracias a sus cualidades como hábil intérprete y sagaz diplomático. Especial revuelo causó la embajada que envía el emperador del Sacro Romano Imperio, Otón I, decidido a poner fin a la gran inseguridad que ocasionaban en las costas de sus dominios bandas incontroladas de andalusíes. Enterado el califa de que dicha delegación germánica era portadora de una carta del emperador que contenía graves insultos contra él y contra el Islam, y consciente de que ello iba a suponer una guerra con el Sacro Imperio, encomendó a su ministro judío la difícil tarea diplomática de convencer a los emisarios germanos, para que no la entregasen. Éste, tras granjearse la confianza y amistad del jefe de la delegación, el abad Juan de Gorze (Johannes Gorziensis) (46), le persuadió para que convenciera a su soberano de la necesidad de una nueva redacción de la misiva real, libre de insultos o que, al menos, no entregara la carta de la que era portador. Así se hizo y, tras ofrecer el abad los presentes enviados por Otón I, se logra firmar un acuerdo que ponía fin a los pillajes andalusíes, y se mantuvo la paz. Cuando el embajador cris-

(45) Peláez del Rosal, J. (1985), «Hasday ibn Saprut en la corte de Abderrahman III», en Peláez del Rosal, J. (ed.), *De Abrahán a Maimónies. III - Los judíos en Córdoba (ss. X-XII)*. Córdoba: El Almendro, pp. 72-73.

(46) No fue ésta la única delicada misión diplomática que el emperador encomendó a este abad (posteriormente elevado a los altares y declarado santo por la Iglesia Católica) quien, con la regla benedictina como norma y animado por un profundo espíritu de reforma y ascetismo, en el 933 se había hecho cargo de la abadía episcopal de Gorze, en la Alta Lorena. Su fama se extendió a las diócesis vecinas, cuyos obispos le confiaron la reforma de sus monasterios. Este movimiento reformista, durante el siglo x, se había extendido por casi toda Europa y tiene su inicio en la abadía de Cluny (fundada en el año 911 por Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania).

tiano regresó a su patria, en el 956, afirmó que jamás había conocido ni tratado a un hombre tan perspicaz y discreto como el judío Hasdāy ibn Šaprūt.

Sus extraordinarias dotes como intérprete y traductor se pusieron de manifiesto cuando dirigió la traducción, del latín al árabe, del famoso tratado *De Materia Médica*, redactado por Dioscórides en el siglo I de nuestra era. Dicho preciado manuscrito había sido un regalo enviado al califa por el emperador de Bizancio, Constantino VII Porfirogeneta (913-959) (47), en una de las numerosas embajadas llegadas a Córdoba desde Constantinopla, con el propósito de acordar tratados de paz y de amistad, que frenaran la expansión de los fatimíes de Egipto, enemigos de ambos.

En el códice de Dioscórides, que reunía los conocimientos médicos y farmacológicos de la Grecia clásica, se describía el uso terapéutico de unas seiscientas plantas, así como el de muchos aceites y piedras medicinales. Consciente el bizantino de que era difícil que los musulmanes sacaran el debido provecho a su preciado obsequio, cuyo original estaba en griego, envió a Córdoba al monje Nicolás, experto en esta lengua y en la latina, para que lo tradujera. Una vez en versión latina, Ibn Šaprūt, merced a sus sólidos conocimientos no sólo de dicho idioma sino también de medicina y de farmacología (ciencias inseparables en aquellos tiempos), emprendió la traducción de tan importante tratado que iba a constituir la base del espléndido renacimiento de la botánica y de la farmacopea de al-Andalus.

El ya mencionado médico e historiador cordobés Ibn Ŷulŷul (48), en su libro sobre la historia de los sabios y de los médicos andalusíes, aporta

---

(47) Nieto del fundador de la dinastía macedónica, Basilio I (867-886), su apelativo Porfirogeneta, que significa literalmente «nacido en la púrpura», indica que pertenecía a la familia imperial. Aunque fue nombrado emperador a la muerte de su padre, León IV, en el año 913, desde el 919 hasta el año 944 quien gobierna el Imperio es el almirante Romano Lecapeno, que se hizo coronar como co-emperador con el pretexto de proteger al joven Constantino, quien había nacido en el 905, por lo que sólo tenía ocho años cuando se convierte en emperador. Para que esta asociación al trono (que no destronamiento, al que no se atrevió, aunque lo era de hecho) se revistiera de cierta legitimidad, incluso casó a su hija Elena con el emperador. Durante los veinticinco años de gobierno del enérgico Romano Lecapeno no dejó intervenir a Constantino en las cuestiones de Estado, hecho que parece no haberle incomodado demasiado, pues continuó delegando el poder a la muerte de su suegro. Él prefería dedicarse al estudio, a la lectura y a la composición de libros sobre la administración del Imperio, las ceremonias de la corte bizantina y las ciencias. En realidad, su labor más destacada es el fomento del desarrollo cultural y artístico de su país. LACARRA, J.M.ª (1960), *Historia de la Edad Media*. Barcelona: Montaner y Simón, S.A., t. I, pp. 480-481.

(48) Véase nota n.º 40.

abundantes detalles y datos (49) de cómo se realizó la traducción de esta gran obra de Dioscórides, así como de su posterior transmisión a al-Andalus. Debido a la importancia de las afirmaciones y comentarios que efectúa sobre el tema que estamos tratando, reproducimos literalmente parte del texto de este cordobés:

> El tratado de Dioscórides fue traducido en Bagdad en la época abbasí, bajo el reinado de Ŷa`far al-Mutawakkil (50), por Esteban, hijo de Basilio (51), del griego al árabe. Esta traducción fue corregida por el traductor Hunayn b. Ishāq (52), que la arregló y la hizo manejable. Las palabras griegas que Esteban conocía en árabe las tradujo, pero aquellas que no sabía las transcribía en forma griega, dejando en manos de Dios el que más tarde hiciera que encontraran alguien que las supiera y pudiera traducirlas al árabe, ya que los nombres de los medicamentos se deben a una convención de las gentes de un mismo país que son quienes los conocen y les dan el nombre, bien por derivación bien por un acuerdo tácito. Esteban dejó la sinonimia para quienes conocieran las drogas que él desconocía, pues así recibirían los nombres que les convinieran desde el instante que fueran reconocidas. (…) Esta traducción de Esteban llegó a al-Andalus y fue utilizada tanto por los andaluces como por los orientales hasta la época de `Abd al-Rahmān al-Nāsir. Éste recibió de Romano, emperador de Constantinopla (53) –creo que en el año 337/948 (*sic*)–, una carta acompañada de presentes de gran valor, entre los cuales se

(49) En ocasiones muy precisos, pero en otras con evidentes errores, como tendremos ocasión de comprobar a continuación.

(50) Hijo del califa al-Mu`tasim, al-Mutawakkil es el décimo soberano abbasí. Gobernó desde el año 847 al 861, fecha en la que fue asesinado tras un complot realizado entre su hijo al-Muntasir (descontento por ciertas disposiciones suyas sobre la sucesión) y unos jefes turcos. Su sucesor, el hijo parricida, sólo gobernó seis meses, porque también fue asesinado. Murió en el año 862, envenenado por sus antiguos aliados.

(51) También se le conoce como Istifān b. Basīl, traductor que fue discípulo de Hunayn b. Ishāq.

(52) Conocido también con el nombre de el Iohannitius latino. Este personaje fue el maestro de una escuela de traductores de Bagdad en la que durante la época citada se vertió gran parte de la obra del griego Galeno al árabe.

(53) Como se ha dicho en la nota n.º 47, el almirante Romano Lecapeno no era el emperador de Constantinopla. Aunque se hizo coronar como co-emperador y fue quien llevó las riendas del poder fáctico desde el año 919 al 944, el heredero del trono bizantino era Constantino VII, gran amante del saber y de la cultura. En todos los textos consultados se dice que quien envió al califa andalusí el manuscrito de Dioscórides fue Constantino VII. Por otro lado, Ibn Ŷulŷul dice que creía que dicho envío fue efectuado en el año 948, fecha en la que Romano Lecapeno posiblemente ya había muerto, pues dirigió el Imperio hasta el año 944.

> encontraba el tratado de Dioscórides: estaba iluminado con magníficas miniaturas griegas y escrito en griego (…). Este envío contenía también la *Historia* de Orosio relativa a los hechos pretéritos (…) El emperador Romano decía en su carta a al-Nāsir: «No puede obtenerse provecho del Dioscórides más que con un traductor avezado en el griego y que conozca las propiedades de esas drogas. Si tienes en tu país a alguien que reúna estas dos condiciones, sacarás, oh Rey, la mayor utilidad de este libro». (…) Entre los cristianos de Córdoba no había nadie capaz de leer el griego (…). En consecuencia, el libro de Dioscórides se quedó en la biblioteca de `Abd al-Rahmān al-Nāsir sin ser traducido al árabe: estaba en al-Andalus, pero sus habitantes utilizaban la traducción de Esteban procedente de Bagdad. Cuando al-Nāsir contestó a Romano, le pidió que le enviase a alguien que hablara el griego y el latín para que enseñara estas lenguas a sus esclavos que así se transformarían en traductores. El emperador Romano le envió entonces un monje llamado Nicolás, que llegó a Córdoba en el año 340/951 (*sic*) (54). Había entonces en esta ciudad una serie de médicos que investigaban, indagaban y buscaban con avidez el modo de determinar los nombres de los simples que figuraban en el Dioscórides y de los cuales aún no conocían su equivalencia en árabe. El más interesado y diligente entre todos estos médicos era el judío Hasdāy b. Šaprūt, quien así procuraba complacer a `Abd al-Rahmān al-Nāsir. El monje Nicolás pasó a ser para él la persona más íntima y apreciada. Así pudo comentar los nombres de los simples del libro de Dioscórides que aún eran desconocidos. Fue el primero que fabricó en Córdoba la teriaca (55) llamada *farūq*, determinando las plantas que entran en su composición. (…). Gracias a las investigaciones hechas por este grupo de médicos acerca de los nombres de los simples del libro de Dioscórides, llegaron a conocerse en Córdoba y en todo al-Andalus las verdaderas propiedades de las plantas, desapareciendo las dudas que tenían (56).

Es preciso reconocer que no fue un hecho aislado la traducción de este manuscrito, pues la herencia griega pasó al Islam, en la mayoría de los casos, de manera muy directa. Durante el medioevo abundaron las traducciones de textos griegos al árabe, sobre todo concernientes a la ciencia y a la filosofía. Por ejemplo, de Platón, Aristóteles, Hipócrates, Galeno o de

---

(54) Esta fecha confirma que no fue Romano Lecapeno quien envió a Córdoba al monje Nicolás, sino Constantino VII.

(55) Se refiere a la *triaca*, ese medicamento de amplio especto al que nos hemos referido antes y cuya fórmula fue redescubierta por Ibn Šaprūt.

(56) VERNET, Juan (1999), *op. cit.*, pp. 105-107.

Arquímedes. Siglos después, con la inestimable colaboración de judíos o de judeo-conversos, todos estos textos se trasladaron al latín en la Escuela de Traductores de Toledo. Gracias a esa ingente labor se facilitó su expansión por la Europa cristiana, y constituyeron las bases sobre las cuales se asentó el Renacimiento cultural europeo.

A la muerte del gran califa `Abd al-Rahmān III, en el año 961, Hasdāy siguió siendo ministro de su hijo y sucesor, al-Hakam II, cuyo reinado se caracteriza por ser uno de los más pacíficos y fecundos de la historia de la España musulmana. Amante y protector de la cultura, aumentó considerablemente la cuantiosa biblioteca real, la cual llegó a albergar más de cuatrocientos mil volúmenes, según atestiguan diversos cronistas. El arabista holandés Dozy dice sobre él: «Nunca había reinado en al-Andalus príncipe tan sabio, y aunque todos sus predecesores habían sido hombres cultos, aficionados a enriquecer sus bibliotecas, ninguno buscó con tal ansia libros preciosos y raros. En El Cairo, en Bagdad, en Damasco y en Alejandría tenía agentes encargados de copiarle o de comprarle a cualquier precio libros antiguos y modernos. Su palacio estaba lleno, era un taller donde no se encontraban más que copistas, encuadernadores y miniaturistas» (57).

Con semejante acicate real, no sorprende que la Universidad de Córdoba en el siglo X se convirtiera en una de las más renombradas del mundo y la instrucción que en ella se impartía se difundiera por el orbe conocido. Sobre el particular, Dozy asegura que «en al-Andalus casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana, a menos que pertenecieran al clero, no sabían» (58) ni siquiera las personas de más alta categoría social.

IV. 3.- Hasdāy ibn Šaprūt mecenas y protector de los judíos

Gracias a la paz que se disfrutaba, junto con el estímulo y ejemplo de su soberano, en los postreros años de su vida Ibn Šaprūt pudo dedicarse de lleno a los quehaceres culturales, de los que desde su juventud había sido ferviente entusiasta. Y lo hizo no sólo a nivel personal, sino que también se convirtió en el mecenas generoso de literatos, filólogos, científicos y de cualquier amante del saber, sin hacer distinción de razas ni de religiones.

(57) Dozy, R. P. (1982), *op. cit.*, pp. 97-98.

(58) *Ibid.,* p. 99.

No obstante, es comprensible que se volcara con más ahínco en amparar a sus hermanos de religión.

En páginas precedentes ya se ha puesto de manifiesto que la relevancia política alcanzada por este insigne giennense no tiene parangón con la de ningún otro judío precedente, e incluso posterior, en al-Andalus. El califa inclusive le había nombrado *nasí* o príncipe de las comunidades judías, elección que sus correligionarios atribuyeron a la intervención directa de la divina providencia. Aunque no se conoce con exactitud en qué consistían las competencias del *nasí* andalusí, sí sabemos que era el representante oficial de los judíos ante el califa y su máxima autoridad judicial.

Pero sus relaciones con los judíos no se restringían a los más cercanos, sino que se extendieron a la mayoría de las comunidades diseminadas por gran parte de la tierra. Guiado por afanes nobles y también ambiciosos, deseaba conseguir la información más completa que le fuera posible sobre la situación en la que se hallaban sus hermanos de la Diáspora para, posteriormente, intentar ayudar a los oprimidos o perseguidos. Sobre el particular, se conocen los contactos que mantuvo, de manera epistolar, con los judíos del extremo sur de Italia, territorio bajo dominio bizantino. Éstos le informaron de que el co-emperador Romano I Lecapeno (919-944) había decretado su conversión forzosa al cristianismo o, de lo contrario, se verían abocados al exilio. Resuelto a ayudarles, aprovechó una embajada que el califa envió al emperador Constantino VII, en el año 948, para hacerle llegar unas cartas en las que solicitaba su amparo para los judíos de su reino. A cambio, se comprometía a proteger a los cristianos de al-Andalus.

Menos éxito tuvo cuando intentó ayudar a los judíos del sur de Francia, vasallos del emperador germánico, Otón I. Éstos le hicieron conocer lo que venía aconteciendo en la ciudad de Toulouse, desde hacía ya tiempo. Parece ser que, como recuerdo de las treinta monedas de plata por las que Jesucristo fue vendido y traicionado por Judas, la víspera de la Pascua en dicha ciudad existía la costumbre de que un judío debía ofrecer treinta libras de cera para encender las velas de la catedral. Tras la ofrenda, el obispo le golpeaba la mejilla de manera simbólica. Pero en una ocasión el golpe fue tan contundente que le ocasionó la muerte al judío oferente. No obstante, a pesar de los esfuerzos y súplicas de Hasdāy, la terrible costumbre continuó durante, al menos, ciento cincuenta años más (59).

---

(59) PELÁEZ DEL ROSAL, J., *op. cit.*, pp. 74-75.

Sea como fuere, la fama del protectorado de Ibn Šaprūt hacia sus correligionarios hizo que desde muy diversos y distantes lugares emigraran a la España musulmana, en busca de paz y de tranquilidad.

Debido a su condición de atento político y de sagaz diplomático y, más aún, por ser el *nasí* de las comunidades judías de al-Andalus, Ibn Šaprūt prestó mucha atención e interés a las esperanzadoras noticias que le llegaron de un remoto país, Jazaria, situado en la Rusia meridional, junto a Kazakistán, cuyas tierras estaban bañadas por el río Volga y el mar Caspio (60). Informado de que hacia el año 679 se había convertido al judaísmo el rey Bulán de los jázaros, pueblo de origen turco, y que tras acoger a muchos hebreos inmigrantes, él y sus sucesores construyeron sinagogas y escuelas rabínicas, no dudó en ponerse en contacto con ellos. Para eso remitió una carta a José, su por entonces rey, en la que vertía todas sus ilusiones mesiánicas. Redactada en elegante prosa rimada, en lengua hebrea –muy probablemente por su secretario Menahem ibn Saruq– y con un lenguaje repleto de alusiones y frases de la Biblia, comienza con el siguiente panegírico (tema no muy frecuente en la poesía judaica) dedicado al rey jazarí y a su pueblo:

> Ornato de corona tiene la tribu de los dominadores, el reino lejano.
> El favor de Dios esté con él, y su paz con todos sus jefes y su numeroso ejército.
> Su ayuda cubre con un manto su territorio, su congregación y su asamblea;
> Las fuerzas de sus huestes y los jefes de sus guerreros se refugian en la Mano invisible.
> Los caballos de sus carruajes y sus jinetes nunca retroceden con espíritu abatido;
> Las enseñas de sus capitanes y los arcos de sus soldados se revisten de gloria;
> Llegan las flechas de sus tiradores y el fulgor de sus lanzas con pesada humareda,
> Atravesando el corazón de los enemigos de mi señor el rey para consumar el destrozo.
> En los cuellos de sus cabalgaduras hay fuerza, agitación y espanto;
> Sus jinetes salen victoriosos y vuelven sanos y salvos del país terrible.

(60) Muy posiblemente corresponda a la actual provincia de Astracán, cuya capital se denomina de igual modo y se halla situada junto al mar Caspio.

(……)
Ante Dios que es mi fuerza, con alma sedienta abriré mis manos:
A los esparcidos y dispersados por los últimos confines, recógelos de la tierra devastada,
Que puedan decir al Señor los angustiados por las fechas: ha llegado el tiempo esperado… (61)

El rey de los jázaros le contestó, también en lengua hebrea, respondiendo a cuanta información se le había solicitado en torno a su pueblo, sobre su conversión al judaísmo y sobre la situación en la que se hallaban (62). Casi dos siglos después, entre el año 1130 y el 1140, Yehudá ha-Leví (1075-1161) (63) escribió su famoso *Cuzarí*, libro en el que se relata tan interesante hecho histórico y se aportan noticias sobre la dinastía de Bulán, que perduró hasta el siglo XII. Ésta es una obra capital de la apologética judaica, pues mediante una conversación imaginaria entre dicho rey y un sabio rabino (el Heber) Ha-Leví expone toda la doctrina, teología y filosofía del judaísmo medieval (64).

Hasdāy ibn Šaprūt mantuvo, asimismo, estrechas relaciones con los centros del saber talmúdico del norte de África y con los orientales, las academias de Babilonia en la actual Iraq. Desde los primeros tiempos de la Diáspora, sobre todo las de Sura y Pumbetita se habían convertido en los focos irradiadores del conocimiento bíblico, y allí acudían hebreos de todo el orbe para aprender. Sin embargo, a finales del primer milenio, carentes de sus anteriores apoyos económicos, comenzaban a languidecer y a declinar, por lo que algunos de sus dirigentes encaminaron sus pasos hacia el occidente, en busca del amparo del *nasí* de al-Andalus. Éste,

---

(61) SÁENZ BADILLO, A. (1985), «Poetas judíos en Córdoba», en PELÁEZ DEL ROSAL, J. (ed.), *op. cit.*, pp. 81-83.

(62) GONZALO MAESO, D. (1956), «Un jaenés ilustre, ministro de dos califas (Hasday ibn Šaprut)», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, VIII, pp. 85-86.

(63) Nacido en Tudela (Navarra), muy joven se trasladó a al-Andalus, atraído por la fama de sus aljamas y academias. Con alrededor de cincuenta años, el ansia de redención que sentía por Israel y sus esperanzas mesiánicas de conseguir verlo restablecido en la Tierra Prometida le impulsaron a emprender el viaje hacia la soñada Sión. La tradición sostiene que murió en Jerusalén, recitando su gran Siónida, uno de los más bellos himnos religiosos que nos ha legado la lírica hispano-judía. Es considerado el más excelso cantor de los ideales religiosos y nacionales de su pueblo, hasta el punto de que algunos de sus poemas alcanzaron una consideración y estima casi comparable con la de los Salmos de la Biblia. GONZALO MAESO, D. (1960), *Manual de la historia…*, pp. 487-492.

(64) *Ibídem*, pp. 490-491.

quien utilizando sus poderosos medios se esforzaba en elevar el nivel cultural de su pueblo, no dudó en acoger en Córdoba a sabios y literatos judíos provenientes de oriente, hasta conseguir que, gracias a su mecenazgo, en su época comenzara la Edad de Oro del judaísmo hispano. La supremacía cultural andalusí durante el siglo X fue reconocida de manera casi unánime. Así, por ejemplo, en el año 953 el Gaón de Pumbedita, Aarón Cohen, escribió una misiva a Ibn Šaprūt en la que afirmaba: «Desde tiempos muy remotos hasta nuestro tiempo la sabiduría se encuentra en España…» (65).

El decisivo influjo del mecenas giennense en este resurgir cultural es atestiguado y valorado en muy diversos poemas y documentos. Por ejemplo, Mosé ibn Ezra, en el siglo XI, en su ya mencionado libro sobre *Poética hebraica*, lo ensalza con las siguientes expresivas frases:

> En su tiempo se despertaron los ánimos adormecidos y sacudieron su sopor al darse cuenta de las obras que propulsaba aquel ínclito varón, de la nobleza y magnanimidad de sus propósitos, así como de la alteza de su alma generosa y de la rectitud y bondad de su carácter. Él supo extraer para su país las aguas de las fuentes de la ciencia oriental, e importar los tesoros de la sabiduría desde todas las ciudades lejanas; él fortificó las columnas de la ciencia, rodeándose de sabios procedentes de Siria y Babilonia. Los autores de su época se esforzaron en propagar la ciencia que Dios les había otorgado y los conocimientos con los que les había favorecido. Ellos compusieron tratados excelentes y obras maravillosas; ellos le encomiaron con poesías admirables y composiciones literarias en lengua árabe. En cambio él les distinguía mucho con su favor, facilitándoles toda clase de medios para el logro de sus fines y para llegar al colmo de sus deseos (66).

En el siglo siguiente, Abraham ibn David (1110-1180) (67), en su *Sefer ha-Qabbalah* (Libro de la tradición), aporta numerosas e importantes noticias sobre Ibn Šaprūt y su época. A finales del siglo XII y comienzos del XIII,

---

(65) VARELA MORENO, E. (1985), «La Escuela de Gramáticos Hebreos», en PELÁEZ DEL ROSAL, J. (ed.), *op. cit.,* p. 107.

(66) GONZALO MAESO, D. (1960), *op. cit.,* p. 438.

(67) Nacido en Toledo, fue filósofo, físico, astrónomo e historiador. Por línea materna era sobrino del famoso talmudista Ishāq ibn Barūk ibn al-Balia, astrólogo del rey poeta de Sevilla al-Mu`tamid y *nasí* de las comunidades judías de su reino. GONZALO MAESO, D. (1960), *op. cit.*, pp. 506-508.

Yehudá al-Harizí (68) en su *Sefer Tahk^{e}moní* (69), obra que consta de cincuenta capítulos en los que el autor presenta las más diversas escenas y que constituye una perfecta visión caleidoscópica de la sociedad andalusí, dice refiriéndose al judío giennense y a su época:

> En aquellos días lució en Sefarad un esplendoroso sol en el gran firmamento: el gran príncipe rabí Hasdāy ibn Šaprūt. Junto a él se congregaron todos los sabios de su generación, resplandecientes como brillantes luminarias, para servir la sabiduría a todos los buscadores de Dios. Los llenó con el espíritu de Dios, con sabiduría e inteligencia, con conocimiento profuso, con el arte de elaborar pensamientos y de labrar en los corazones un fogón de fuego. Desde aquel tiempo, las ciencias hicieron brecha en España, los indóciles aprendieron la doctrina y los poetas siguieron a los indóciles. Su generosidad hizo cantar la lengua de los mudos, abrieron los corazones que estaban cerrados hasta el punto que le compusieron poemas gratísimos, que brillan como estrellas en las alturas. Entonces se abrieron sus ojos con el arte poético, se extendieron los cielos, aparecieron visiones divinas. En su tiempo se expandió la sabiduría en Israel, puesto que él fue para la ciencia detentador y redentor. Después de aquel tiempo las mentes brillantes se apagaron (70).

En efecto, sus salones eran frecuentados por toda clase de eruditos y entre sus protegidos se encuentran los dos primeros poetas hispano-hebreos, Dunás ibn Labrat (920-980) (71) y Menahem ibn Saruq (910-970) (72),

---

(68) Aunque su familia era de origen andalusí (seguramente de Granada), al-Harizí nació cerca de Barcelona hacia 1170, época en la que el nordeste de la península se había convertido en un importante centro del saber judaico. Perfecto conocedor del hebreo y del árabe, viajó por el sur de Francia y por gran parte del oriente árabe, obteniendo la protección de muy diversos mecenas. Visitó las principales comunidades judías de la Diáspora, en las que pudo conocer a los más eminentes sabios del judaísmo. Sus múltiples y enriquecedores contactos le facilitaron la composición de una magna obra, *Sefer Tahk^{e}moní* (Libro del sabio), escrita en hebreo. Según él mismo dice en su introducción, con este libro pretendía demostrar que dicha lengua podía rivalizar con la elegante arábiga, y era capaz de expresar todos los matices del pensamiento. Vuelto a España, murió hacia el año 1230. GONZALO MAESO, D. (1960), *op.cit.*, pp. 535-539.

(69) Véase NAVARRO PEIRÓ, A. y VARGAS MONTANER, L , «Los poetas hebreos de Sefarad: capítulo III del Tahk^{e}moní de al-Harizi». *Sefarad*, XLI (1981), 321-338 y «La poesía hebrea: capítulo XLIII del Tahk^{e}moní de al-Harizi». *Sefarad*, XLII (1982), 140-171.

(70) PELÁEZ DEL ROSAL, J., *op. cit.*, pp. 76-77.

(71) Véase nota 43.

(72) Nacido en Tortosa (Tarragona), casi toda su vida transcurrió en Córdoba hacia donde marchó reclamado por su protector Ibn Šaprūt, el cual lo nombró secretario suyo. Aunque también fue poeta, su destacado puesto en la literatura judaica lo consiguió por su

renovadores de la poesía y de la lengua hebrea, así como pioneros de los estudios gramaticales. Por ejemplo, el segundo de ellos fue el autor de un diccionario hebreo, hecho por encargo de Hasdāy ibn Šaprūt, quien fue el verdadero fundador de la Escuela de Filología Hebrea de Córdoba como institución oficial y a la que siempre patrocinó.

Aunque no fueron los únicos, estos dos poetas protegidos suyos nos han legado hermosos poemas dedicados a su generoso mecenas y tan insigne personaje. Así Dunás ibn Labrat dice de su benefactor:

> Sus manos son como nubes
> para los que componen poesía…
> En invierno hacen caer lluvias
> y en verano aguaceros (73).
>
> Sus riquezas van a parar a Sura
> a cambio de libros,
> para instruirles en los preceptos,
> dulces como la miel… (74)
>
> En Oriente y Occidente
> su nombre es grande y excelso.
> La casa de Esaú y Arabia
> se conciertan por su benevolencia.
> Busca el bien para su pueblo,
> y rechaza a los enemigos,
> destroza al que maquina el mal
> y extermina a los conspiradores… (75)

---

labor como gramático. Es el autor de la primera obra lexicográfica hebrea completa, titulada *Mahbèret* (Composición), que abarca prácticamente todo el lenguaje bíblico y se halla introducida por un largo y minucioso estudio de la gramática de dicha lengua. Redactada en hebreo, este libro ejerció gran influencia en la literatura judaica posterior y, sobre todo, en las investigaciones gramaticales. Muy posiblemente celoso de su éxito y de los favores que le dispensaba el mecenas de los dos, Ibn Šaprūt, el bagdadí Dunás ibn Labrat le hizo objeto de sus críticas, que están contenidas en su obra *Teshubot* (Respuestas). La rivalidad y polémica entre ambos duró muchos años, e incluso transcendió a sus respectivos discípulos. Por culpa de las intrigas de su compañero perdió el valimiento del giennense, y llegó a ser encarcelado. Aunque posteriormente consiguió la libertad, nunca recobró su anterior posición en la corte.

(73) Saenz Badillo, A., *op. cit.*, p. 80.

(74) Peláez del Rosal, J., *op. cit.*, p. 76.

(75) Varela Moreno, E., *op. cit.*, p. 113.

Por su parte, Menahem ibn Saruq le dedica la siguiente alabanza:

Al fuerte en los Libros Santos…
Al caudillo de Judá…
Abrid caminos,
allanad plazas,
que va a venir el príncipe fiel… (76)

Y no otra cosa fue siempre este excelso y singular personaje, un hombre fiel a su pueblo y a sus soberanos. Como recompensa recibió un sinfín de honores a lo largo de su vida, honores que puso al servicio de los demás y, en especial, al servicio de la paz, del entendimiento y de la convivencia pacífica entre pueblos, religiones y culturas.

Hasdāy ibn Šaprūt es una gloria para todo el pueblo judío, que así lo reconoce y honra desde hace mucho tiempo (77); y también lo es para la tierra que lo vio nacer, para Jaén, ciudad que casi acaba de empezar a conocerle y, en consecuencia, comienza a rendirle el merecido homenaje dedicando con su nombre la avenida contigua a la Universidad de Jaén. Ojalá en un futuro próximo pueda erigírsele además un monumento en una de las calles del barrio en el que nació, en la judería giennense.

(76) *Ibíd.*., p. 116.

(77) Por ejemplo, una de las avenidas de Jerusalén (muy cerca de la Knesset o Parlamento israelí) lleva su nombre, en honor y recuerdo suyo.